

Una reflexión sobre la Economía y los economistas

José Manuel García de la Cruz
Economista

La ciencia sin conciencia es la enfermedad del alma.

Resnais

De forma continuada, desde el término de la Segunda Guerra Mundial, la Economía ha ido ganando protagonismo en el debate social hasta el extremo de llegar a ser el ámbito en el que por excelencia acaban por ser contrastadas todas las propuestas: desde las políticas, hasta las culturales, adjudicando un elevado prestigio, revestido de respeto y temor, a los economistas.

Desde luego esta situación es, en cierta medida, asombrosa si se tiene en cuenta que la Economía es una disciplina científica relativamente joven, no puede presumir de grandes éxitos que sean percibidos por la gente y, además, se caracteriza por ser, en general, poco optimista.

En efecto hasta 1776, fecha en que Adam Smith publicó su obra *La Riqueza de la Naciones*, los análisis económicos fueron parciales y muy ligados a la solución de problemas muy inmediatos. Sobre su implantación académica baste recordar que la primera Facultad de Economía en España nació en el seno de la Universidad Central de Madrid en 1943. Para esta fecha ya se conocían las demandas que la sociedad transmitía a los economistas, básicamente dos: una, la crea-

ción de las condiciones que evitaran la aparición de las crisis económicas y, la segunda, la superación de las diferencias entre los países más industrializados o adelantados y los que comenzaron a denominarse Tercer Mundo.

Se ha dicho que la Economía es generalmente poco optimista («ciencia lúgubre» la definió Carlyle), y es cierto, tanto como que su campo de estudio es el cómo satisfacer necesidades a partir del permanente recordatorio de que los medios disponibles son limitados. Entonces, ¿a qué se puede deber el éxito de la Economía y de los economistas?

La respuesta se puede dar en dos campos, en el del conocimiento científico y en el de la propia sociedad.

Dentro del campo de las ciencias sociales, se ha atribuido el éxito de la Economía por su capacidad para la simplificación de los supuestos de partida, al construir un sujeto, el «homo economicus», dotado de una racionalidad para la gestión de los recursos disponibles y de un criterio de utilidad para la delimitación de sus necesidades, ambos universalizables; además desde el momento de su delimitación como disciplina científica ya contó con una unidad de cuenta, el dinero, que homogeneiza, reduce y simplifica el conocimiento

de los problemas y la elaboración de las soluciones. Sin unidad de cuenta es imposible el empleo de las matemáticas que tan sabrosos resultados ha proporcionado.

Pero quizá sea más importante explicar el éxito en la sociedad. Aunque indudablemente se puedan alegar otros motivos y argumentos, habrá pocas dudas sobre la relación entre crecimiento económico en los países más adelantados y el éxito de los economistas. Sin embargo, parece poco prudente atribuir el éxito económico que han conocido muchas sociedades a una disciplina capaz de mantenerse en un supuesto estatus de neutralidad cuando, por ejemplo, admite justificar simultáneamente una propuesta y su contraria; esto no es nuevo, está presente en el debate científico y en las indicaciones de política económica desde sus primeros pasos como disciplina científica: competencia o regulación, intervención del Estado o predominio de la iniciativa privada, libre-cambio o proteccionismo. O cuando debe (o debiera) explicar cómo a partir de la denodada defensa de la competencia se ha podido llegar al grado de monopolización del empleo de los recursos que hoy conocemos. O más dramático, cómo es posible que tras medio siglo de éxito haya más necesitados, más pobres, que nunca.

Ahora bien, quizá se haya llegado a esta paradójica situación por el escaso grado de exigencia por mantener principios coherentes entre los propios economistas investigadores. Asombra cómo una disciplina¹ que desde sus primeros planteamientos hasta la fecha ha reivindicado su carácter de ciencia social, se haya mantenido firme en su interpretación del funcionamiento de la sociedad a partir del egoísmo individual, a pesar de que ya Keynes pusiera de relieve que el óptimo individual no necesariamente coincide con el óptimo social, y de los avances en el conocimiento sobre el funcionamiento de la sociedad que van proporcionando la sociología, la antropología y otras ciencias sociales.

Hay tres aspectos en los que se manifiesta la deriva hacia una soberbia desmesurada de quienes creen en la invariabilidad, por no decir infalibilidad de sus supuestos de partida, y son el origen más frecuente de las críticas al paradigma dominante: las instituciones, la tecnología y el tiempo. Tradicionalmente, y así se suele explicar en los manuales introductorios a la Economía, son consideradas variables externas que pueden restringir e incluso distorsionar el correcto y eficiente funcionamiento de la economía. Estas críticas también han merecido respuesta desde los desarrollos teóricos, así, se admite la presencia de instituciones (desde la administración al parentesco) pero su funcionamiento se debe someter a los criterios prefijados para el «homo economicus», a partir de aquí no cabe sino racionalizar su configuración a fin de que no sean un obstáculo a la eficiencia económica.

La tecnología y la innovación se explican como una consecuencia natural de la competencia como si el desarrollo científico y tecnológico fuera una prolongación de la capacidad humana y de su (supuesta) ambición por dominar la naturaleza, más que el resultado de no en-

contrar sino soluciones parciales a problemas que solamente se conocen de manera parcial.

El tiempo ha acabado por dominar el escenario de la reflexión de los economistas hasta el extremo de que las expectativas, «racionales» por supuesto, son las que determinan el presente, invirtiendo completamente la dirección del pensamiento; ya no es necesario conocer la historia para interpretar el presente y así poder encarar el futuro, lo correcto y necesario es imaginar un futuro racional y esperar a que el comportamiento «racional» de los individuos lo hagan realidad, si algo falla no es la «racionalidad» sino la inadaptación de los «fracasados».

Un campo en el que se concentran los tres problemas anteriores es el referido a la gestión de los recursos naturales y la solución de los problemas ambientales, precisamente, los más ligados a la supervivencia de la especie y que es tema marginal en la investigación y en la docencia y, más grave, en el orden de preocupación del conjunto de los economistas. Y eso que el núcleo central de la Economía es cómo organizar los recursos escasos.

Pero el creciente enojo y desconfianza social hacia la Economía y los economistas no responde a estas carencias u olvidos, sino a que el discurso más conocido de los economistas tiene desde hace décadas un mismo argumento y un hilo conductor: el argumento es el ajuste y el hilo conductor la competitividad. Y así se justifica el abandono de las políticas sociales, la limitación de la intervención del Estado en los asuntos económicos, la moderación de los salarios y la flexibilización de los mercados de trabajo, todo para ser competitivos en un escenario que como manifestación de las expectativas racionales más ambiciosas se define como una globalización óptima-eficiente.

Y aquí surge el principal problema de renovación de la legitimación

social de la Economía y el reto de los propios economistas: la aproximación de sus objetivos de análisis a los problemas concretos de la gente, de la sociedad. Ya basta de explicar que si los sueldos no cubren las necesidades básicas es porque los trabajadores tienen una productividad marginal muy baja, ya basta de defender a un supuesto agente racionalizador de las decisiones individuales y colectivas, pero nunca responsable: el mercado, mientras que las decisiones colectivas que deben atender a otras inquietudes más complejas, como las que deben asumir los gobiernos democráticos son presentadas siempre como ineficientes y perturbadoras. En definitiva, ya basta, de rechazar la realidad como es, con sus desigualdades, injusticias y conflictos, a fin de mantener los resultados de la teoría. Es como si en Física se rechazara la ley de la gravedad porque impide explicar un universo más (supuestamente) perfecto.

Y si esta es una tarea urgente desde la perspectiva teórica, no es menor la urgencia respecto de la responsabilidad social y política de las propuestas que se realizan cotidianamente. Así, se aceptan acríticamente como objetivos el crecimiento estable y sin crisis, sin entrar en definir ni qué crecimiento (equilibrado, desequilibrado, concertador, difusor), ni qué estabilidad (de precios, de empleo, de rentas), ni las crisis (financieras, de producción, de consumo), como si todos los grupos sociales los vieran de igual manera para trasladar el debate a los medios a utilizar. No importa adónde vamos, sino que vayamos bien. Claro que es una manera de evitar el responder a las preguntas que nadie encara: ¿quién y cómo nos ha traído aquí?

Nota

1. Esta delimitación de la Economía responde al paradigma principal, también conocido como economía neoclásica, y aunque siempre han existido propuestas críticas, ocupan una posición extrañada a la Economía dominante.